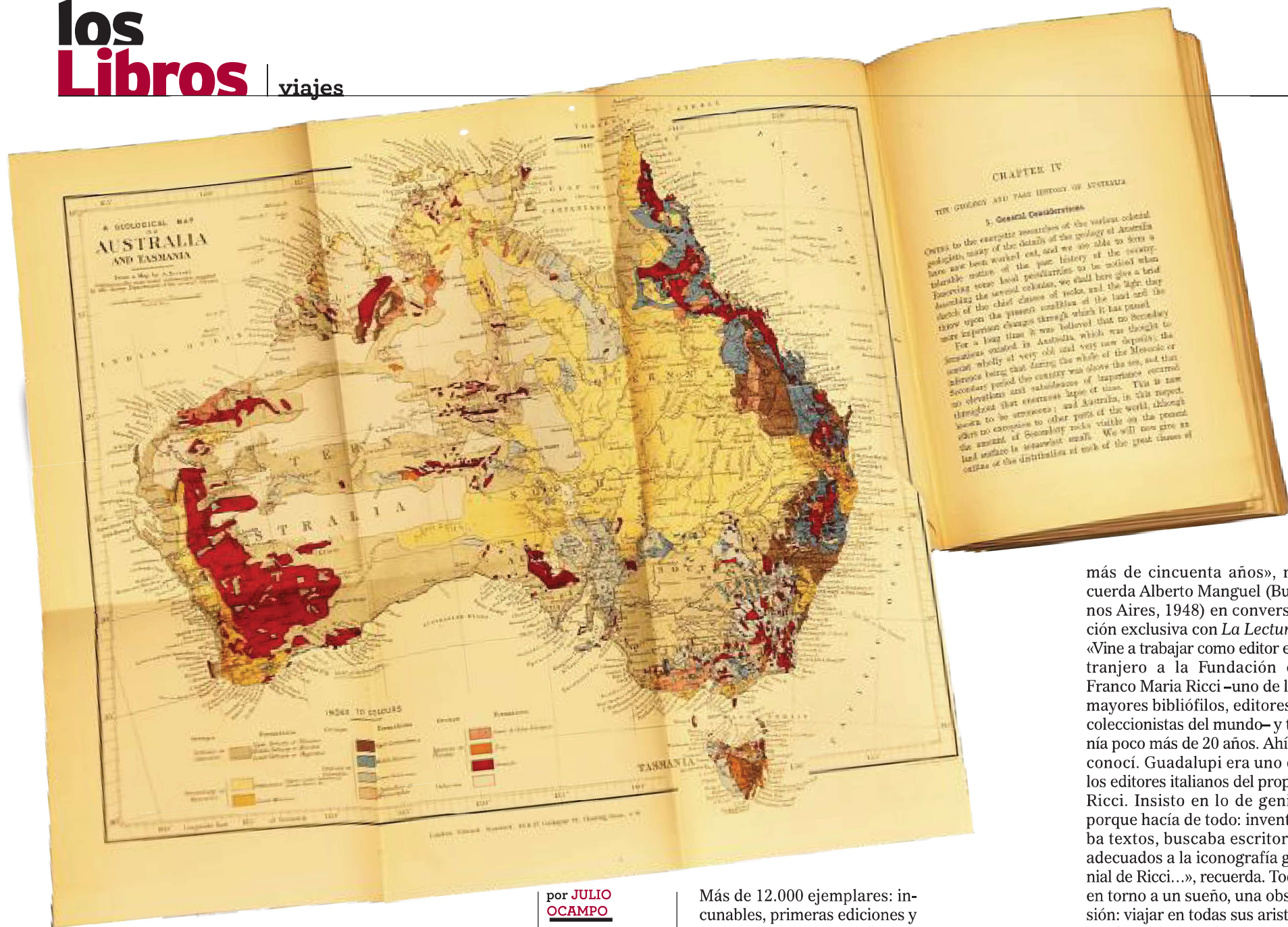




Un paseo por la biblioteca de viajes más grande del mundo

Dotada de 12.000 volúmenes, la colección del escritor y traductor piemontés **Gianni Guadalupi** acaba de ser adquirida íntegramente por la Fundación Franco Maria Ricci, que la abrirá al público en Parma a partir de 2024

por **JULIO OCAMPO**

Más de 12.000 ejemplares: incunables, primeras ediciones y todo tipo de atlas y estudios anteriores al siglo XIX, además de un buen puñado de libros extraños y periódicos entre los que destaca una colección de la revista *Le Tour du monde*, editada en toda Europa entre 1860 y 1914. Manuales dedicados a la historia antigua y moderna, a la geografía, relatos de viajes, crónicas de expediciones y descubrimientos, novelas de aventuras y grandes clásicos de la literatura inglesa, francesa, española y latina. Un universo entero, en fin, compone el homérico fondo de Gianni Guadalupi, un estudioso italiano —además, escritor y traductor— que con el tiempo construyó la biblioteca de viajes más grandes del mundo.

«Fue un genio anónimo del mundo literario. Lo conocí cuando éramos jóvenes, hace

más de cincuenta años», recuerda Alberto Manguel (Buenos Aires, 1948) en conversación exclusiva con *La Lectura*. «Vine a trabajar como editor extranjero a la Fundación de Franco Maria Ricci —uno de los mayores bibliófilos, editores y coleccionistas del mundo— y tenía poco más de 20 años. Ahí le conocí. Guadalupi era uno de los editores italianos del propio Ricci. Insisto en lo de genio, porque hacía de todo: inventaba textos, buscaba escritores adecuados a la iconografía genial de Ricci...», recuerda. Todo en torno a un sueño, una obsesión: viajar en todas sus aristas y esferas más profundas. Para Guadalupi, una heterodoxa mezcla entre Julio Verne y Tolkien, la vida era un maravilloso viaje literario capaz de conducir al lector a lugares inexplorados del espíritu humano y del globo terráqueo. Tenía clara una premisa: A partir de la *Biblia* o la *Odisea*, y hasta las novelas contemporáneas, cada gran literatura en el fondo es una literatura de viajes.

Un viajero sedentario. «Fue un lector empedernido de esta temática. Le gustaban las crónicas, las memorias, las guías. Coleccionaba guías y atlas de todos los lugares imaginables, pero no le gustaba viajar. No se movía de casa, así que fantaseaba en las páginas. Estos 12.000 volúmenes que coleccionó cartografiaban su geografía imagina-

EDICIÓN DE LOS 'ILLUSTRATED TRAVELS' DE HENRY WALTER BATES, CASSEL, PETER & GALPIN, LONDRES, 1870. FUNDACIÓN FRANCO MARIA RICCI

SALA CALVINO, EN LA QUE SE EXPONDRÁ PARTE DE LA COLECCIÓN GUADALUPI. FUNDACIÓN FRANCO MARIA RICCI

ria», apunta Manguel. Fallecido prematuramente en 2007, Guadalupi, fue autor de importantes libros editados por la aristocrática y selecta factoría de Franco Maria Ricci. Trabajó en los seriales *la Biblioteca de Babel* (1975-85) y *Guías imposibles* (1985-02) y en el monumental *Diccionario de lugares imaginarios* (1980), que dio a luz junto a Manguel. Una obra que entusiasmó incluso a Italo Calvino, quien este año habría cumplido 100 primaveras. También tradujo al idioma de Dante a célebres escritores de lengua española como Isabel Allende, Gabriel García Márquez o Jorge Luis Borges, gran amigo tanto suyo como de Ricci, pero siempre procuró no viajar. Una especie de Emilio Salgari, en definitiva.

«Dejó a su familia en Milán y se marchó solo al campo a una pequeña casa que heredó de una tía suya. En el gallinero de esa finca colocó su literatura de viajes, y en el techo del gallinero pintó de forma naïf las Siete Maravillas del Mundo. Era su forma de visitar lugares. Le apasionaba Salgari, sí, pero no se detenía ahí. Buscaba las crónicas más insólitas para incen-

tivar su imaginación de editor. Creó lugares imaginarios con nombres surrealistas. Hizo conjeturas de lo que podría haber ocurrido allí, descrito minuciosamente por viajeros, peregrinos y cronistas. Eran confines insólitos, hipotéticos e inexistentes», rememora el escritor argentino. Era, en definitiva, una búsqueda de una utopía. Un deseo de escapar de una realidad apesadumbrada y monótona. «Buscaba el esplendor del mundo. Ese que no queremos descubrir por pereza, falta de imaginación o energía. Creía que a través de estas memorias podríamos conocer ese mundo verdadero».

Un mundo que halla ahora un nuevo hogar en otro loco y faraónico sueño comparable a la biblioteca que va a acoger: el *Labirinto della Masone*, el mayor laberinto de bambú del mundo, nacido de una promesa que Ricci hizo a Borges en 1973, que guarda en su interior una serie de edificios de corte helenístico, una pirámide, un museo con más de 500 pinturas, esculturas y objetos artísticos y hasta un restaurante de lujo. Allí, a las afueras de Parma, una vez iniciadas las labo-▶



res de catalogación, digitalización y restauración, se abrirá a partir del próximo año al público más curioso y especializado la prestigiosa Biblioteca de Guadalupi, un crisol de culturas, de mundos, de personas, de lugares y no lugares. La alquimia perfecta para un nicho selecto de librepensadores dispuestos a zambullirse en esas páginas de arena, como diría Borges. Esas que no tienen principio ni final. Un ejercicio filantrópico cultivado por un hedonista eterno.

Turismo literario lento.

Sin embargo, el valor de esta infinita biblioteca no está únicamente en la exclusividad de sus ediciones –algunas tan únicas como la *Historia de Inglaterra* del hugonote Paul de Rapin (1740), los Viajes a Polonia, Rusia, Suecia y Dinamarca de William Coxe (1736), la *Historia del Imperio turco* del diplomático Paul Rycaut (1687) o la *Historia de Fernando III Emperador* del conde Galeazzo Gualdo Priorato (1672)–, sino en la herencia que deja el soñador Guadalupi, un testigo de la historia universal vista e imaginada desde su mesa de estudio, con libros sepultados entre legajos y estanterías apiladas. Desde ahí enseñó al mundo entero lo desconocido. Fue su lazareto; su cicerón, algo así como hacía con Borges (ya ciego)

cuando paseaban por las calles de Milán en los 70 y le explicaba la matriz de los Años de Plomo.

Fue el embajador de un turismo literario lento, al estilo *Grand Tour*. Ecléctico y apasionante, barnizó el *made in Italy* junto a Ricci. Les une una herencia inmortal, como el propio laberinto, esa cristalización arquitectónica del trayecto inmóvil que con su retorcimiento continuo sobre sí mismo -envuelto en cañas de bambú- representa ese viaje sin movimiento descrito del propio Guadalupi. El lugar perfecto para la biblioteca, que será también testigo de un prestigioso premio literario dedicado a la narrativa errante, y cuyo certamen se celebrará siempre allí, en medio del todo.

La Fundación Franco Maria Ricci ya trabaja para que esta pléyade de títulos que conservaba Guadalupi esté operativa. El objetivo es que esta literatura *odepórica* –término griego para viaje–, una especie de invitación *au voyage*, no sea simplemente consultable, sino que esté acompañada de instrumentos avanzados de búsqueda, como terminales de internet, acceso a



VISTA CENITAL DEL 'LABIRINTO DELLA MASONE'.
FUNDACIÓN FRANCO MARIA RICCI

ORIGINAL DE LA 'HISTORIA DI FERDINANDO TERZO IMPERATORE',
GALEAZZO GUALDO PRIORATO.
VIENA, 1672.
FUNDACIÓN FRANCO MARIA RICCI

catálogos, fuentes bibliográficas digitalizadas y archivos. Además, se está construyendo la base para la organización de seminarios y actividades didáctico-científicas dirigidas a estudiantes, estudiosos y cualquier interesado.

«Mi marido era un esteta. No paró, hasta su muerte, de buscar la belleza según sus propios cánones», explica a este suplemento Laura Casalis, la viuda de Ricci, actual presidenta de la Fundación. «Su enorme sensibilidad le hacía apreciar cada detalle. Siempre le interesó la gráfica y la edición. Le encantaba Borges, Cortázar y Octavio Paz. También Gianni, por supuesto. Diseñaban clásicos de la literatura fantástica». Guadalupi ha editado más de cincuenta volúmenes publicados por FMR. Fue su colaborador y amigo, quizás el más querido de los autores. No es casual que ahora se reúnan para revalorizar el testamento artístico dejado. Lo hacen en un ambiente familiar y cercano. Allí están las semillas de su conocimiento y divulgación. Allí están sus libros.

L

